

N° 2 Frei, y los desconocidos de ahora!...
septiembre de 1965

editorial	PF	3
Frei, y los desconocidos de ahora!...	E. Lira Massi	5
Prólogo		5
"Eduardo" el Presidente		7
"El Hermano" Bernardo		11
"Juanito"		15
Personajes Marginales		19
Germán Becker		23
Jorge Cash		29
Santa María		33
Oscar Pinochet		39
Raúl Sáez		39
Gabriel Valdés		40
Sergio Ossa		41
Epílogo		42

EUGENIO LIRA MASSI

FREI,

**y los
desconocidos
de ahora!...**

Nº 2

SANTIAGO de CHILE,

SEPTIEMBRE de 1965

PRECIO: Eº 1.—



Ediciones

PUNTO final!...



Quítese esa tos!



con

**PECTORAL
SOTO ROJAS**

de eficacia probada

EL ACTUAL GOBIERNO cumple en estos días once meses en el poder. Es algo temprano para juzgar globalmente su actuación. Por eso **PUNTO FINAL** ha preferido solicitar al periodista Eugenio Lira Massi, reportero que cubre las informaciones de La Moneda, una semblanza de los personajes que a diario le toca tratar, incluyendo por cierto al propio Presidente de la República.

Eugenio Lira nos ha entregado una serie de retratos en forma directa y franca de los hombres del Gobierno. La lectura de este reportaje permite descubrir, detrás de la espesa cortina informativa que atosiga a la opinión pública con actividades de personeros oficiales, a seres humanos, chilenos igual a usted o a nosotros, con rasgos de malhumor, simpatía, pasiones y debilidades. El enfoque que hace Eugenio Lira de Frei, Leighton, Hamilton, Becker, Santa María, Troncoso, Cash, etc., es novedoso por cuanto intenta presentarlos como son en la vida real, despojados del oropel publicitario. De ninguna manera el reportaje de Lira constituye un enjuiciamiento político del Gobierno. El autor no disimula su simpatía por algunos hombres de La Moneda. Pero se limita a presentarlos como los ve su pupila de periodista, se encoge de hombros, y deja al lector el derecho de juzgar como desee a los personajes que describe. He ahí el mérito de estas semblanzas.

Prólogo

“Cada soldado lleva en su mochila un bastón de Mariscal”.

“Cada demócratacristiano lleva en su mochila un bombo”.

LOS DEMOCRATACRISTIANOS ya cumplieron un año saboreando la obtención de la Presidencia de la República. En su gran mayoría, los personajes que juegan ahora un papel decisivo en la marcha de la nación, eran unos perfectos desconocidos hasta el momento en que Frei los hizo jurar como ministros o los nombró subsecretarios.

365 días de contacto diario con algunos de ellos, me dan autoridad suficiente para decir cómo son, cómo se portan, cómo hablan, cómo visten, cuáles son sus cualidades y cuáles son sus defectos. No desde el punto de vista político, sino desde el punto de vista humano. Al margen de si lo están haciendo bien o lo están haciendo mal.

Sobre la actuación del Gobierno, cada cual tiene su juicio. Yo también tengo el mío. Cada vez que arriesgo un derrame cerebral o una meningitis y pienso, me imagino a los demócratacristianos como un equipo de fútbol, con sus virtudes y sus defectos.

Un equipo de fútbol muy particular. Brillantes dominadores del medio campo. Allí se pasean, incluso se permiten algunos lujos; pero al llegar al área grande, se diluyen, se achican y ninguno quiere rematar. Son estilistas, académicos, juegan “al toque” sin incurrir jamás en brusquedades. Dan la impresión de que no quieren hacer

goles, para no herir el amor propio del adversario. No quieren humillarlo. Son buenos.

Juraría que muchos de sus integrantes preferirían mil veces que los contrarios se hicieran un autogol, para no verse ellos obligados a convertir el tanto. Miran a las ochenta mil personas que los aplauden y los alientan, y se sienten desconcertados porque el equipo rival no comprende que ellos tienen el público a su favor y que, en consecuencia, les corresponde perder.

Avanzan con gran soltura, con elegancia casi. Seguros de su accionar. Viene entonces "la trancada al hueso" del adversario y se paralogizan. Ni siquiera le reclaman al árbitro, ¡miran al público, desolados, y abren los brazos como queriendo decir: ¿Se dan cuenta? no quieren que les ganemos!

Jamás profieren una mala palabra, cuando se ven obstaculizados de mala manera. Miran el escapulario o la medallita que lucen en el pecho y se dominan. Perdonan al adversario, y vuelta a lo mismo.

Es que todos en este club son cortados por una misma tijera. Son de una misma cuerda. Hechos a imagen y semejanza de Eduardo Frei, que es la estrella del equipo, el capitán y el entrenador; el Presidente del club, el que diseñó la camiseta y el dueño de la pelota. Esto, en el terreno político. Pero no es eso lo que nos interesa aquí.

Este equipo, pese a que se ve homogéneo desde la galería, está integrado por individualidades. Al borde de la cancha se notan las diferencias entre unos y otros.



“Eduardo” el Presidente



FREI ES UN SER extraño. Hay dos personajes en él. Tal vez son tres, pero el tercero sólo lo conocen en su casa.

Uno, es el Presidente de la República, el Excelentísimo señor Frei. El otro es Eduardo.

Hay una notable diferencia entre ambos.

Pocas veces he visto a una persona transformarse tanto de un momento a otro. Cuando Frei actúa en Presidente, parece que entrara en trance. Su rostro se perfila, la nariz se le alarga, las mandíbulas se le aprietan y el espinazo se le estira. Da la impresión de estar almidonado. Si viste frac y tiene la banda cruzada al pecho, no dan ganas de acercarse. Uno llega a lamentar no ser milico y poder cuadrarse.

Habla golpeado. Pontifica, es solemne, infunde temor en los débiles y respeto en todos.

Trata de usted. Se toma demasiado en serio el cargo. Los demócratacristianos se electrizan.

Los otros se preguntan: ¿y éste de dónde salió tan tieso?

En una palabra, es pesado.

Y ocurre que no es pesado. Basta con que sonría, con que abra los brazos, y doble un poco las espaldas, que es su posición habitual, para que den ganas de ser su amigo, de ayudarlo y de tratarlo de tú.

Frei contando chistes es un espectáculo. Lo hace con mucha gracia, imitando voces y gestos, cuando termina es el primero en celebrarlo y no se ríe con la boca ni con la cara. Se ríe entero. Las carcajadas las suelta a todo volumen, abre la boca desmesuradamente y si está sentado, patalea. Su risa contagia.

Tiene una habilidad extraordinaria para hacer entrar en confianza a la gente. De partida la tutea. A la media hora de estar "tú" para arriba y "tú" para abajo, se queda pensando y pregunta: ¿Te molesta que te tutée? Ya no hay caso. Si le molestaba, ya se acostumbró.

Y Frei sigue conversando, porque en el fondo es comadrero. Es casi seguro que muchas veces, cuando está con alguien que le agrada, hablando de graves problemas nacionales, preferiría dejar el tema a un lado y hablar de cualquier cosa, siempre que estuviera en una pieza lo suficientemente grande como para que le permita pasearse. Porque esa es otra de sus particularidades. No puede estar sentado un rato largo. Ni cinco minutos. Se para y empieza el paseo con las manos atrás. Sólo se detiene para exponer una nueva idea. Ahí tiene que estar quieto porque necesita mover solamente los brazos, agitar las manos o golpearse el pecho con vigor. Después sigue caminando. Quizá si por eso desde chico todos estaban convencidos que llegaría lejos.

Otra particularidad de Frei es su facilidad para recordar nombres. A todo el mundo lo llama por su nombre de pila, sin equivocarse jamás. Le presentan a una persona, habla breves minutos con ella, pasan meses, a veces años. En el intertanto conoce a miles de nuevas personas, príncipes, reinas, primeros ministros, embajadores, pero se vuelve a encontrar con esa persona y con la mayor naturalidad le dice:

—“¿Q’iubo, Juan, cómo te va. Tampo tiempo que no te veía?”

Por supuesto que Juan se siente el personaje más importante de Chile, y Frei tiene un nuevo freísta.

Y no son cosas estudiadas. Es así, simplemente. A veces, en el mismo despacho presidencial, dan deseos de darle un cariñoso codazo en el estómago, en gesto de comprensión. Y si alguna vez se lo dan, de seguro que Frei no se enojaría.

Pero cuidado si alguien levanta un poco la voz mientras el Presidente de la República está leyendo un mensaje al país. Entonces salta el otro, el Excelentísimo señor Frei, que lo mira con una cara de profesor de historia adicto al bicarbonato que espanta, que hace sentirse chiquitito al que habló y le enciende las orejas. Claro que pasó el discurso y pasó el enojo. Viene el chascarro, el palmoteo en la espalda, el tuteo y la confianza.

Del Frei Presidente todavía no se conocen muchas anécdotas. Ha estado demasiado tiempo encerrado en su oficina. Seguramente en los Consejos de Gabinete ocurren cosas pintorescas, pero sus ministros le tienen tal respeto que no las cuentan. Salvo una que otra salida graciosa.

Como cuando con la mayor seriedad le preguntó al Subsecretario de Hacienda, Andrés Zaldívar, que mide aproximadamente un metro sesenta, si era cierto que le lavaban la ropa en una juguera.

Frei es demasiado normal. Demasiado estudioso. Le faltan algunas mañas —seguramente en su casa las tiene— para convertirse en un personaje pintoresco.

Sin embargo, su hijo menor —Francisco Javier— está constantemente poniendo a prueba su sentido del humor. Cuando estuvieron de moda los “Yo-Yo”, le jugó una mala pasada. Entró disimuladamente al presidencial estudio del papá y puso uno de esos artefactos entre los papeles de un canastillo.

En la tarde, Frei recibió a unos importantes señores que querían la solución de un problema. El Presidente, actuando en Jefe del Estado, les comunicó que no se preocuparan porque todos los antecedentes los tenía sobre su escritorio para estudiarlos y darle

un corte definitivo al asunto. Para probárselo levantó los papeles del canastillo y apareció el “Yo-Yo”. Frei se puso colorado hasta las orejas y lo guardó rápidamente en un cajón, porque un Presidente de la República no puede andar con un juguete en el bolsillo. Es poco serio.

En cuanto se fueron los personajes, armó el escándalo, retó a medio mundo y preguntó quién le había puesto esa tontera en su despacho.

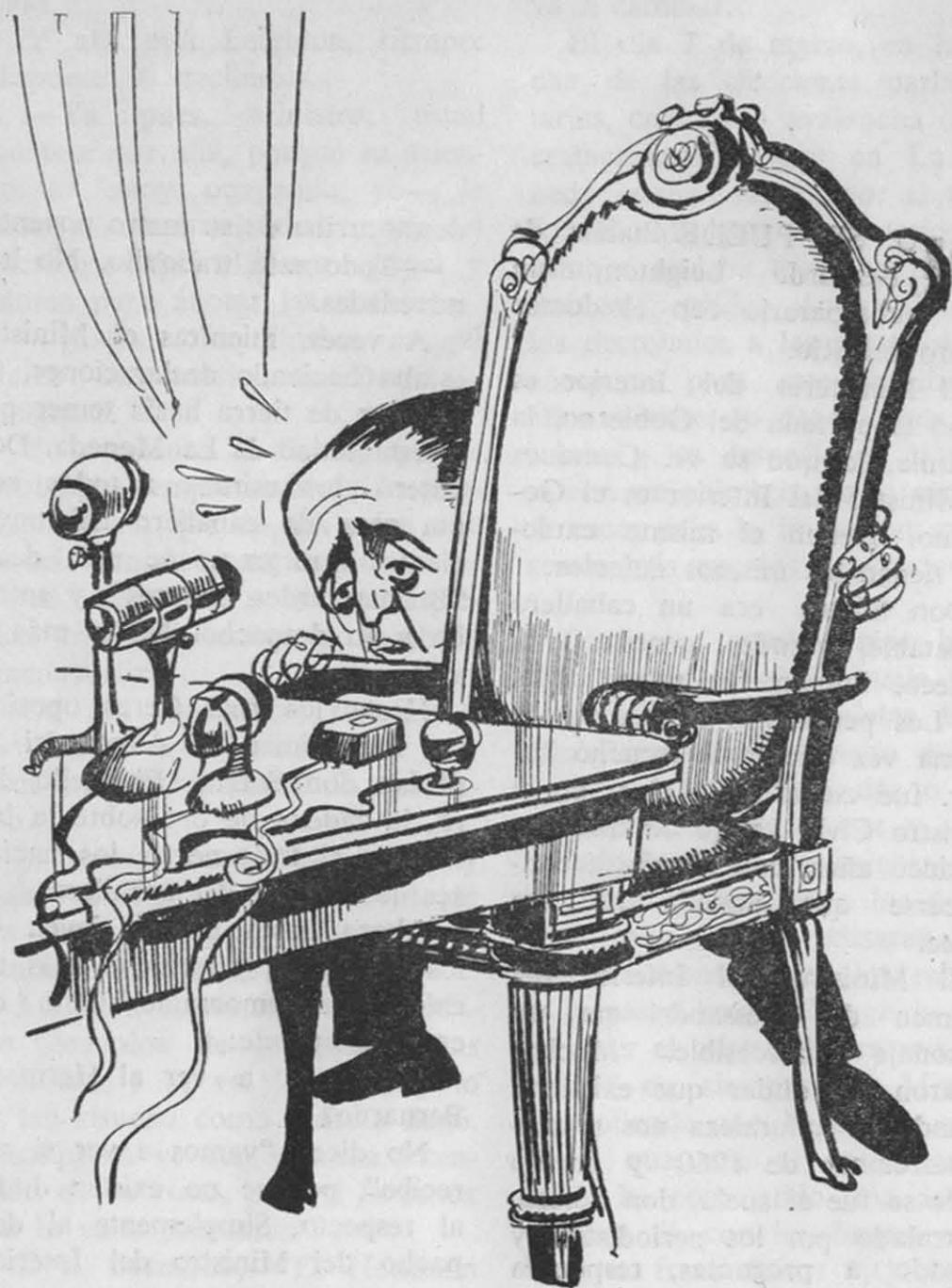
Pero después un alto personero de Gobierno que entró a su despacho sin llamar, lo pilló con el cordelito amarrado en un dedo y tratando de hacer bajar y subir el juguete.

Frei se vio obligado esta vez a adoptar una actitud picaresca y preguntar:

—¿Cuál es la gracia de esta cuestión? No lo puedo hacer funcionar.

El “Yo-Yo”, no es lo único que no ha podido hacer funcionar Frei durante sus primeros diez meses de gobierno.

“El Hermano” Bernardo



NO SE PUEDE hablar de Bernardo Leighton, sin compararlo con el doctor Sótero del Río.

El Ministerio del Interior es como la portada del Gobierno, la carátula, lo que se ve. Como es el Ministro del Interior es el Gobierno. Tienen el mismo carácter, tienen los mismos defectos.

Don Sótero era un caballero respetable, grande, grueso, con chaleco. Sumamente serio, callado. Los periodistas decían que la última vez que se le escuchó hablar, fue cuando dio el sí en el Registro Civil. Luego de conocerlo cinco años, uno llegaba a convencerse que aquello no era chiste.

El Ministro del Interior del régimen de Alessandri era un personaje inaccesible. Muchos llegaron a dudar que existiera. Cuando la naturaleza nos mandó el terremoto de 1960 y medio Chile se fue al suelo, don Sótero, acorralado por los periodistas y acosado a preguntas, respondía

desde arriba de su metro noventa:

—Todo está tranquilo. No hay novedades.

A veces, mientras el Ministro estaba haciendo declaraciones, un temblor de tierra hacía temer por la estabilidad de La Moneda. Don Sótero los miraba a todos con esa cara de caballero del novecientos que ya no se usa, decía “Buenas tardes, señores”, y entraba a su despacho. Nadie más lo veía.

Hasta los más fieros opositores al régimen de Alessandri le decían don Sótero. El cuello duro, la cadena de oro sobre la barriga y el traje negro los hacían sentirse nietos del caballero.

Ahora hasta el más joven de los reporteros y hasta el más recalcitrante demócratacristiano dice simplemente:

—¿Vamos a ver al Hermano Bernardo?

No dicen “vamos a ver si nos recibe”, porque no existen dudas al respecto. Simplemente al despacho del Ministro del Interior,

Bernardo Leighton, se entra. Con o sin permiso, como Pedro por su casa.

Y ahí está Leighton, siempre dispuesto a recibirlos.

—Ya pues, Ministro, usted siéntese por allá, porque su asiento lo estoy ocupando yo— le dicen algunos, mientras toman del escritorio del Ministro papel y pluma para anotar las noticias.

—¡Estos chiquillos!— es el único comentario de Bernardo Leighton.

Y comienza la charla, que se prolonga siempre más de lo prudente y sin que de ella salga una noticia, en la generalidad de los casos. Pero los periodistas quedan muy satisfechos y Leighton queda feliz.

Un día cualquiera, sin avisar, sin nada que lo justifique, se aparece por la redacción de un diario.

—Bueno, pasaba por aquí, y quise venir a saludarlos. Cómo te va Negro, ¿sigues igual de comunista que antes?

Leighton conversa un rato. Hace recuerdos de antiguas luchas políticas, y se va. Tan tranquilo y tan risueño como cuando llegó. Cualquiera ve una segunda intención en su visita, pero si la busca no la va a encontrar.

Don Bernardo, “El Hermano

Bernardo”, el “chico” Leighton es así. Así ha sido siempre y no va a cambiar.

El día 7 de marzo, en la noche de las elecciones parlamentarias, cuando la avalancha democratacristiana, todos en La Moneda estaban felices por el triunfo. El Ministro del Interior, en cambio, andaba triste por los que habían perdido. Acompañaba a los derrotados a las mesas de los cómputos para que certificaran ellos mismos su deceso. Los consolaba y los despedía en la puerta con un palmoteo en la espalda. A veces daba la impresión que lo sentía más que los derrotados.

Pero este hombre más bueno que el pan, también suele tener sus arrebatos, sus pataletas. En lo que lleva como Ministro del Interior, se le conocen dos o tres. Entonces levanta la voz y en el Senado hasta lo vieron golpear el escritorio y desafiar a los padres conscriptos a que lo acusaran constitucionalmente. Pero las rabietas se le pasan luego. Enseguida vuelve a ser el mismo “Hermano Bernardo” de siempre. El Ministro que atiende con la puerta abierta, y que sale al encuentro de quien ha conseguido una audiencia con él, con los brazos abiertos y su frase típica: “¡Q’iuuuubo

Fulano, hombre, qué te trae por acá!"

Con la misma frase recibe a comunistas, socialistas, radicales, conservadores o liberales. Para él no hay enemigos y está convencido de que todo se puede arreglar a la buena.

Recién nombrado Ministro del Interior, se dio el lujo de ir al Instituto Pedagógico acompañando al líder democratacristiano de Venezuela, Rafael Caldera. Y por ello soportó que le gritaran mil cosas, le lanzaran huevos, le propinaran un puntapié donde termina el vestón, para regresar después con una sonrisa en los labios, mientras todos se indignaban.

En su partido no son pocos los que lo critican porque lo encuentran débil o anticuado en sus prácticas políticas. Pero no hay uno solo que no lo estime como ser humano.

Cuando recién asumió su cargo, los periodistas nos reíamos mucho porque siempre Leighton nos recibió parapetado tras el respaldo de un sillón, y como es muy bajito, se le veían solo los ojos, vivarachos, moviéndoseles de un lado a otro. El Ministro aceptó

todas las bromas de buen grado y siguió recibiendo tras el sillón hasta que nos acostumbramos. Entonces salió de él y los periodistas ya no se le van encima.

Pasó por la Vicepresidencia sin aspavientos, sin alharaca. Con la misma sonrisa, asegurando que siempre en su vida ha encontrado honores que no ha buscado.

Al verlo ahora, uno no se imagina que cuando era apenas un chiquillo botó un Gobierno. Lo que sí no extraña es que haya repartido entre los inquilinos un fundo que heredó y que, cuando renunció a su cargo de Ministro del Trabajo de Gabriel González Videla, se haya tenido que ir a vivir de allegado a la casa de sus suegros, porque no tenía una chaucha ni siquiera para arrendar una pieza redonda.

Así es el Hermano Bernardo, apodo que le fue puesto un poco por pica, pero que terminó convirtiéndose en un elogio. Bondadoso, pero no blando. Aseguran que es el único que se le para en las hilachas a Frei y que no se mueve una pulgada de su posición si la considera justa.

Pero nadie es perfecto. Tiene la voz igual a Enrique Ortúzar.

“Juanito”



SI ALGUIEN que no está advertido entra al despacho del Subsecretario del Interior, con toda seguridad le dirá al jovencito que lo recibe: “¿Está su papá, quiero hablar con él?”

Juan Hamilton, tiene ya cuarenta años y representa dieciocho. A todo reventar veinticinco. De regular estatura, flacuchento, con un mechón rubio cayéndole sobre la frente, parece un cabro chico metido en cosas de grandes.

Si cualquier día Hamilton apreciara tocando la guitarra eléctrica o cantando en un conjunto de música colérica, a nadie le llamaría la atención. Si se le viera de actor en una fotonovela, tampoco.

Una reportera dijo una vez, que Juanito Hamilton “estaba pintado para un pololeo de verano en Algarrobo”. Y es la definición justa.

Llega a dar risa verlo dándole instrucciones al general Director de Carabineros, Vicente Huerta, o al Director de Investigaciones, Emilio Oelkers, de los cuales es

el Jefe Directo. Parece hijo de ellos, en el mejor de los casos, sobrino. Ambos caballeros deben haberse sentido bastante incómodos en un comienzo y muchas veces habrán deseado decirle: “Si mijito, está bien, quédese tranquilo no más y cúidese”.

Pero debajo de ese aspecto juvenil, hay un hombre hecho y derecho, que sabe lo que quiere y cómo conseguirlo.

Después de la política, su gran pasión es el fútbol, y en el fútbol, la Universidad de Chile. No se pierde partido de lo que él llama “El ballet azul”. Tiempo atrás fue delegado de ese club ante la Asociación Central de Fútbol, y todavía un 80 por ciento de las cosas, las mira a través de su pasión futbolística. Más de una vez se le ha escuchado decir:

—Usted ñor es una vaca. No entiende nunca, fijo que es de la Católica.

El mejor Ministro para él, el más inteligente es Simián, porque jugó fútbol por la Universidad de

Chile. Tiene al Gabinete perfectamente catalogado. Los buenos son los de la "U", los malos de la Católica. A estos habría que cambiarlos, sostiene entre serio y muerto de la risa.

El puesto de Subsecretario del Interior, es uno de los más importantes del Gobierno. Tiene bajo su mando a la policía, a los intendentes, a los gobernadores y a una serie de Servicios importantes. Quien sirva el cargo, debe en consecuencia ser inteligente, capaz, ejecutivo, resuelto. "En una palabra: ser de la "U", dice Hamilton.

Muchas veces se le ha acusado de "arrancarse con los tarros", de pasar a llevar ministros. Y la verdad es que lo ha hecho más de una vez, pero muerto de la risa. Sin proponérselo, empujado sólo por su natural entusiasmo, porque de todos los funcionarios de Gobierno, Hamilton es el que más goza con su puesto. Juega a ser Subsecretario y hasta aquí ha jugado bien.

A los cinco minutos de ocurridos los sismos de mayo, llegó a su despacho. Lucía una chaqueta de gamuza, camisa sport amarilla, pañuelo al cuello, pantalones de lino celestes y zapatos para el tandeo. "¿Qué me dicen de la pinita del Subsecretario?" Sin pe-

dirle instrucciones a nadie, sin consultar con nadie, comenzó a organizarlo todo. En diez minutos tenía, sin excepción, a los servicios públicos en movimiento.

Cuando llegaron los ministros, lo encontraron colgado de los teléfonos dándole órdenes a medio mundo. "¿Aló, general, mando doscientas carpas?" "Todos los camiones del Ejército que lleven víveres a los damnificados". "Intendente, gire tanto, con cargo al dos por ciento constitucional". "Que Aprovisionamiento del Estado compre mil frazadas". "Dígale que es orden mía. ¿Qué cosa? ¿El reglamento?... ¡Me cago en el reglamento! Estamos en emergencia, haga lo que le ordeno". "¿Qué es lo que necesita con más urgencia: medicamentos, frazadas, víveres, qué más? Inmediatamente voy a dar instrucciones para que se los manden". "Requise todos los víveres de los almacenes. ¿Cómo dice?... ¡Después se lo pagamos y que no friegue!"... "¿Cuántos son los muertos?"... ¡Haga evacuar de inmediato esa zona!... "Sí, hoy mismo le mando ingenieros de Obras Públicas para que vean los daños". "¡El intendente que no se mueva. Lo llamo en cinco minutos más!"

Ese día le tomaron respeto al

Subsecretario los que no se lo tenían. Cuando nadie sabía qué hacer, él ya lo había hecho. Corriendo con colores propios. A garabatos a veces, invadiendo terrenos ajenos casi siempre, pero lo había hecho. La oficina de "Juanito" fue el cuartel general durante el terremoto. Ahí demostró su tremenda capacidad de trabajo y su tremendo sentido del humor. Porque entre llamado y llamado se daba tiempo para hacer algún chiste, contar un chascarro y hasta tomarle el pelo a un Ministro o a un Jefe de Servicio.

El lado flaco del Subsecretario, son los comunistas. No le gustan

y no lo disimula. Se lee "El Siglo" a primera hora, solamente para pasar rabia. Luego, con los periodistas, se deja llevar por la pataleta y emite juicios, pontifica, vocifera y hasta se querella criminalmente.

Juan Hamilton es una especie de fenómeno entre los democra-tacristianos. Le cargan las reuniones y tampoco lo disimula. Encargado de guardar el orden público, más de una vez se le ha oído comentar en épocas de huelgas y disturbios:

—¡Chitas, palabra que todavía no me acostumbro a estar aquí. Me dan unas ganas de agarrar el bombo y meterme en la rosca!

Personajes Marginales



JUNTO CON EL EQUIPO de ministros y subsecretarios, con el triunfo de la democracia cristiana llegó a La Moneda una serie de personajes bastante pintorescos y sumamente enigmáticos. Yo los llamaría "funcionarios en tránsito", porque nunca se les ha visto estacionados en ningún escritorio, y las funciones que desempeñan, a un

año de su aparición, todavía son un misterio indescifrable.

En su gran mayoría son jóvenes. Todos pudieron haber sido diputados o se sienten diputados, sin dieta, pero con derecho a conversación.

Son pulcros, andan bien vestidos, tratan inmediatamente de "tú" y llaman a la gente por su nombre de pila. A mí, por ejem-

plo, durante los seis años del Gobierno de Alessandri, siempre se me dijo "Señor Lira" hasta para notificarme que había una querrela por injurias en mi contra y se me iba a encargar reo. Con el advenimiento de la democracia cristiana, pasé a llamarme simplemente "Eugenio". Es la nueva ola.

Volvamos a los personajes misteriosos.

No andan nunca solos. Siempre de a dos o tres y lógicamente conversando. Opinan de todo. Si se está tratando en el Congreso los Convenios del Cobre, cada uno tiene una estrategia diferente, sabe lo que hay que hacer y cómo hacerlo. Si se trata de alguna declaración de política internacional, cada cual le busca un significado distinto y discuten, discuten. Lo pintoresco es que todos están de acuerdo. Pero esto no quita que sigan discutiendo.

La actuación de los ministros y subsecretarios es constantemente analizada por estos señores, y en forma severa. Cada uno de ellos está convencido que él lo haría mucho mejor y no se explican cómo Frei no se da cuenta.

Varios de estos representantes de la Patria Joven son abogados, pero jamás se les ve con un expediente en las manos o discu-

tiendo de leyes. Siempre discuten proyectos. Son legisladores en potencia. O futbolistas en potencia.

Las actuaciones de los equipos de Universidad Católica o Universidad de Chile son tan drásticamente analizadas como la actuación del Ministro de Hacienda o Economía.

¿Pero qué aportan a la Revolución en Libertad? Ese sí que es un misterio.

Hay entre ellos gente de reconocidos méritos. Está por ejemplo *Marco Antonio Rocca*, ex presidente de la Federación de Estudiantes de Chile. Activo freísta durante la campaña, ahora ostenta el título de Asesor de Asuntos Juveniles de la Presidencia de la República. El cargo en sí es medio tirado de los cabellos. A menos que alguien de La Moneda quisiera aprender a jugar al luche, al tombo o al par de lomos, el asunto no se justifica. ¿O será para que atienda a los que entran ya en la segunda infancia? Porque la juventud está generalmente en los colegios estudiando y ya existe un Ministerio de Educación. Los más grandecitos son universitarios, y más grandecitos aún o son profesionales o están trabajando, y los jóvenes que no trabajan son vagos.

Rocca entonces debía estar en otra parte. Donde se le aprovechara más. En La Moneda, encerrado entre cuatro paredes, lo único que va a conseguir es engordar y ya lo está haciendo, aunque no a ritmo acelerado gracias a que constantes "footings" por los alfombrados pasillos se lo impiden.

Como él, hay muchos. Altos, chicos, flacos y gordos. Cortados por la misma tijera, comadreros impenitentes. Cada uno tiene su gracia y la muestra. Hay uno gordito que imita a la perfección a Salvador Allende. No es rogado y en cuanto se lo solicitan, se pone la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta y comienza la función: "Mujer humilde, hombre de mi patria, campesino que doblas tu espalda sobre la tierra, minero del cobre, del salitre y del

carbón..." Y el discurso sigue. Igual a Allende, los mismos gestos, la misma voz. El gordito termina su función y todos lo celebran.

No se le conoce otra gracia.

Afortunadamente, en los últimos días ya no se aglomeran en los pasillos de la Subsecretaría General de Gobierno. En La Moneda se organizó un campeonato de Baby-Fútbol y todos se inscribieron. Se compraron zapatillas, pantalones cortos, camisetas y se dan unos porrazos tremendos en la cancha de básquetbol que hay dentro del palacio de Gobierno.

Cuando el campeonato termine, volverán a los pasillos a comentar las alternativas del certamen, y cuando éste a su vez se agote, recordarán la campaña presidencial que es tema inagotable.

ESTABLECIMIENTOS **BEN-BEN**

AMUNATEGUI 81

—

TELEFONO 63111

Empanadas de horno:

Pino y queso todos los
días.

Fiambres de primera:
Jamón, arrollado, sa-
lame, paté de foies,
paté de ternera, paté
de ave y fiambres sur-
tidos.

POLLOS
BROILER

PRODUCTOS PARA COCKTAIL: Papas fritas,
maní salado, galletas surtidas, aceitunas, pickles,
etc. Conservas de todas las marcas.

VISITE NUESTRO ESTABLECIMIENTO, TEN-
DREMOS GRATO GUSTO EN ATENDERLO.

Germán Becker



QUIEN ESCUCHA el nombre de Germán Becker, se imagina de inmediato: clásicos universitarios, marcha de la Patria Joven, Patio de los Naranjos, Carro de la Victoria, Empresa Publicitaria Cóndor y un bombo.

Ningún otro personaje de Gobierno que no ostente cargos de Ministro ni de Subsecretario, ha figurado tanto en los comentarios de todo el mundo como Germán Becker, "El Guatón" Becker, "El Barbudo" Becker.

Es que Germán Becker no nació para pasar inadvertido. Donde él se encuentre acaparará la atención, la conversación y el comentario.

Unos lo acusan de fresco, de patudo, de no tener nada que hacer en La Moneda y Germán Becker se ríe sin enojarse.

Otros aseguran que es un hombre imaginativo, que ve las cosas con claridad, que es simpático, que es inigualable haciendo lo que sabe hacer y Germán Becker se ríe sin falsa modestia.

Los puntapiés y los elogios los recibe igual. No lo cambian en nada.

—“Así es lo cosa —comenta—, quién me manda meterme en esto. Si fuera empleado de un Banco, viviría muy tranquilo. Lamentablemente no sirvo para empleado de Banco”.

El oficio de Becker es la publicidad. Llamar la atención, hacer las cosas en grande. Para todo es igual. No le bastó con dejarse barba, se tuvo que dejar una inmensa barba. Cuando va al baño turco, no se conforma solamente con transpirar y darse una ducha. No. Es muy poco para él. Se corta el pelo, se “hace las manos”, lo atiende el pedicuro y se da un masaje. Después se pasea una hora tapado solamente con una toalla, hablando fuerte y pidiendo talco, agua de colonia, jugo de limón, cualquier cosa. Cuando se va dan ganas de aplaudirlo por su actuación.

Para todo es así. Es Germán Becker.

Nunca se le ha ocurrido prepa-

rar algo modesto. Parece que no podría. Al asumir Frei la Presidencia de la República, lo primero que hizo fue ponerle techo al Patio de los Naranjos. Cierto es que el viento se lo echó abajo, pero a Becker eso no le importó mayormente. El había soñado con ponerle un toldo al Patio de los Naranjos de La Moneda y se lo puso, aunque fuera sólo por un rato. Aunque costara millones.

Su segunda idea fue pintar de rojo el palacio de Gobierno. Se le puso entre ceja y ceja que se vería más bonito, resaltaría más, llamaría más la atención y cuando finalmente lograron pararlo, ya tenía conseguida la pintura. Pero no hay que hacerse muchas ilusiones. Cualquiera día Germán Becker se va a poner un mameluco y se dejará caer de noche con escalera y brocha en mano para darse a la tarea. Si una mañana La Moneda amanece toda roja, nadie se podrá extrañar mucho. Si hasta hizo encender la "luminaria" con forma de escudo que hay en el frontis de la casa de los presidentes. Nadie se había fijado que sobre la puerta principal existía eso. Pero él sí y se puso en movimiento, llamó al gerente de la Compañía de Gas de Santiago, pidió, exigió, gritó y pataleó. Al final la Compañía levantó bande-

ra blanca y mandó a tres altos funcionarios que estuvieron todo el día dedicados exclusivamente a hacer funcionar el artefacto superando cientos de detalles técnicos. Para darle en el gusto a Becker. Porque a él se le ocurrió y punto.

Oír hablar a Becker es un espectáculo aparte. Hay que verlo. Nadie se lo puede perder. Habla con todo, con la boca, con la barba, con las manos, con los pies, con gestos teatrales y frases categóricas.

El día del terremoto llegó a La Moneda con una tenida que no se le ha visto nunca a nadie. Solo Becker es capaz de ponérsela, y el terremoto pasó a segundo plano porque él iba a contar cómo lo sintió, cómo sus sentidos captaron el movimiento telúrico y qué ideas pasaron por su mente. Se instaló en medio del despacho del Subsecretario del Interior, rodeado de ministros que inmediatamente guardaron silencio y comenzó su narración acompañándola de ademanes ampulosos y sugestivas inflexiones de la voz:

"Venía yo por Providencia en el automóvil cuando de improviso vi que la gente salía corriendo a la calle. ¿Qué pasa? —me pregunté—. Sin duda, un choque. La gente seguía saliendo a la calle.

¡No es choque! —me dije— se trata de un crimen, un crimen pasional: un marido que ha dado muerte a su mujer y los vecinos corren en busca de carabineros. Mis sentidos seguían funcionando aceleradamente. Hombres, mujeres y niños corrían de un lado a otro. Entonces ya no me cupo ninguna duda al respecto: ¡había un perro rabioso en las inmediaciones! Paré el auto y me bajé. Sólo entonces me di cuenta que la tierra temblaba y los edificios amenazaban caerse...! Entonces yo, Germán Becker, me sorprendo pronunciando la frase más trascendental, más aguda y más huevona que se le puede ocurrir a alguien: ¡Este es terremoto en otra parte! ¿Cómo lo encuentran? ¿Por qué siempre se dice: “este es terremoto en otra parte”? ¿Por qué nunca nadie piensa: “este es un terremoto aquí”? ¿Por qué? ¿Ah?”

Al terminar la narración Becker se dejó caer en un sillón con gesto desolado, cruzó los brazos y agachó la cabeza como meditando. La carcajada brotó espontánea. Los que estaban tensos y nerviosos se aflojaron y todos pudieron trabajar mucho más tranquilos.

Esa es la virtud de Germán Becker. Hasta en las más difíciles

situaciones, hasta en los momentos más solemnes, sale con una frase ingeniosa o una chirigota que hace cambiar en forma fundamental el ambiente.

En la noche del 7 de marzo, conocidos ya los resultados electorales, todos en La Moneda estaban eufóricos. Se reunieron en el despacho de Juan Hamilton para comentar el acto cívico. Ahí Germán Becker fue el alma de la fiesta democratacristiana. Era el más feliz de todos, como si las elecciones las hubiera preparado él con resultados y todo. Contó chistes, anécdotas e hizo sufrir a los derrotados.

Cerca de las doce de la noche, llegó Javier Echeverría Alessandri, acompañado de otro prócer derechista. Se paró en la puerta respetuoso, pero altivo. “Sé que salí derrotado —dijo muy serio— pero me gustaría conocer las cifras oficiales, ¿se puede?”

Hubo un momento de paralización en todos. Las risas se acallaron repentinamente. Todos se pusieron tiesos. No sabían cómo reaccionar ante el adversario derrotado. Los jóvenes democratacristianos no encontraban cómo comportarse, si prepotentes o amistosos. Entonces entró en acción el gordo Becker...

Avanzó ceremoniosamente, tea-

tralmente con un brazo extendido. Llegó junto a Javier Echeverría Alessandri, impostó la voz y le dijo: "Con el mayor gusto, ¡tenga la bondad de acompañarme por aquí, señor". Y cruzó con ambos la ancha habitación. Se detuvo ante la puerta que comunicaba con la sala de cómputos. La abrió con gesto versallesco, hizo una enorme reverencia, expresando lleno de solemnidad:

—¡Adelante. Pase, señor Echeverría. Vaya a verse... quedó igualito, parece que estuviera durmiendo!

Por supuesto que Echeverría Alessandri, luego de ver los cómputos, salió por una puerta lateral.

Eran los felices tiempos de Germán Becker. Cuando mandaba en La Moneda, cuando se paseaba por todos los pasillos de palacio, como Pedro por su casa, con su barba roja y sus zapatos de suela tanque. Los demócratacristianos no lo quieren por unanimidad, pero tenían respeto por el hombre que conoce su oficio. Le reconocían el éxito de su marcha de la Patria Joven y las mil ocurrencias que tuvo durante la campaña. Era llamado al despacho de todos los ministros y consultado como asesor. Su últi-

mo destello imaginativo se resume en una frase:

Todo chileno con uso de razón debe luchar contra la inflación.

Y de ahí se comenzó a desinflar el mismo.

Poco a poco fue perdiendo posiciones. Ocupaba una de las mejores oficinas de la Secretaría General de Gobierno. Estaba ubicada en un recodo estratégico del laberinto de pasillos. Su oficina era el ombligo de La Moneda, el paso obligado de ministros y subsecretarios. De repente alguien se la quitó. Lo cambiaron a otra un poquito más atrás, más hacia la Cancillería.

Con el viaje de Frei a Europa tuvo un rebrote. Partió antes a organizar los recibimientos y a abrirle camino a los periodistas. Regresó con una condecoración del Gobierno alemán. El mismo cuenta cómo la obtuvo:

—“Estábamos todos formados delante de Lübke y el Presidente alemán dijo: “Voy a condecorar hasta ese caballero bajito de bigotes que está allá”. Yo le dije: “oye, te llaman por teléfono” al chico de bigotes, me puse en su lugar, y aquí estoy condecorado”.

Se vuelve a reír, pero su risa ya no es la misma.

La oposición le ha dado como

bombo. Era lo lógico tratándose de Germán Becker que puso de moda el instrumento, pero los golpes fueron muchos y de todas partes.

Ahora casi no se le ve en La Moneda. Pasa encerrado. De Eu-

ropa volvió más desmejorado aún y parece que le volvieron a quitar la oficina para trasladarlo un poco más atrás.

Cualquier día lo van a instalar dentro de un closet y no faltará quien cierre la puerta por fuera.

Jorge Cash



SER ASESOR político de Eduardo Frei es como ser asesor de colores de Pacheco Altamirano o ser asesor en materia de pollos de Salvador Puybill.

No se puede. De partida el nombre que se le dio al cargo está mal. No cuadra. No se justifica. No hay por dónde agarrarlo.

En ese problema se encuentra Jorge Cash, uno de los hombres más cultos, mejor amigo y más buena persona de la democracia cristiana. El no tiene la culpa. Podría ser cien cosas diferentes, pero jamás asesor político de un

hombre que se crió en la política y que al final hará siempre lo que encuentre justo.

Jorge Cash podría ser un asesor de tertulias de la Presidencia de la República. Ahí sí que lo haría bien. Sería un virtuoso del asunto. Un crack.

Nada más agradable que una tertulia que cuente con la presencia de Jorge Cash. Es el antídoto contra el aburrimiento. Buen conversador, erudito en un sinfín de temas y de un buen carácter a prueba de balas. Nadie lo ha visto nunca de mal genio, pero tampoco nunca nadie lo ha visto re-

solver algo rápidamente con un golpe de autoridad. La única vez que lo hizo, precisamente con un periódico que se llamaba "Golpe", se debieron hacer figuras para justificar la acción. Es que para eso no sirve.

Si una persona llega hasta el despacho de Jorge Cash, con un problema determinado, se encontrará con un auditor atento, inteligente, que comprende todo lo que se le dice, que está consciente de la importancia del problema, pero que al final de la entrevista, indefectiblemente dirá:

—¿Qué te parece que nos reunamos el miércoles para ver lo que se hace?

No falla. Siempre ésa será la respuesta.

Jorge Cash es así. Lleno de amigos. Tiene amigos en todas partes. Hasta sus enemigos políticos lo estiman. Algo tiene, pero ese algo o no se lo han sabido aprovechar o él mismo no sabe lo que tiene.

Jorge Cash podría ser un gran conferenciante, un embajador de lujo, un senador brillante, un combativo diputado, pero jamás un ejecutivo hombre de Gobierno. No puede. No le sale.

No sabe decir que no. Tiene el mejor propósito de arreglarlo todo, pero es "apoltronado" para

decirlo en una palabra. Parece que no se tuviera confianza y que temiera un poco adoptar alguna resolución.

Barros Luco, que sostenía que los problemas se arreglan solos y que los que no se arreglan no tienen solución, lo habría nombrado Ministro del Interior. En esta Revolución en Libertad no camina. Es demasiado teórico.

Parece un profesor de filosofía y lo es.

Ahí podría estar el misterio.

En Jorge Cash se encuentran las cosas más contradictorias. Suya es la frase que dice: "Hay que demostrar que la Revolución en Libertad no se hace con saliva". Y precisamente es él quien más saliva gasta.

Jorge Cash y tres como él, son capaces de arreglar el mundo, luego de tres horas de conversación en algún local adecuado y con tres corridas de pisco sour. Al final, si hay una guitarra, terminarán cantando canciones contra Franco.

Pero un problema actual, un problema que requiere solución inmediata, pasará a segundo plano en cualquier instante. Bastará con que uno de los reunidos, luego de analizar exhaustivamente el tema en discordia, buscarle los pro y los contra, diga, por ejem-

plo "¿Se han fijado en lo mal que está jugando Carlos Campos en Universidad de Chile?", para que todo se vaya al trasto. No faltará el que sostenga que Carlos Campos no tiene la culpa, porque a él hay que darle juego y en lo posible por alto, para aprovechar la forma magnífica en qua cabecea. Otro de los reunidos sostendrá que no es Carlos Campos el culpable de su baja, sino Leonel Sánchez, ya que a él, como wing izquierdo, le corresponde enviarle los centros para que el "Tanque" haga lo suyo. Un tercero dirá que Luis Alamos no ha estado acertado en la conducción técnica del cuadro.

A esta altura aparecerá alguno que proteste porque la reja olímpica molesta muchísimo la visual a los que tienen entradas liberadas del Ministerio de Educación.

—Llamemos a Patricio Rojas, para que la haga retirar —dirá Jorge Cash.

Y se hace el llamado.

Pero ¿y el que llevaba el problema impostergable? ¡Ah, a ese se le cita a una reunión para el próximo miércoles!

Yo una vez le hice esta observación a Jorge Cash y se rio mucho con ella. Me dijo poco menos que estaba loco y que exageraba notablemente.

En eso sonó el citófono. No sé quién era, pero sí recuerdo perfectamente lo que dijo el asesor político del Presidente de la República:

"Aló... sí, claro, conmigo... Te escucho... dime... lógico... eso hay que hacer... me parece justo... debemos hacerlo inmediatamente. No se puede perder tiempo... Cuentas conmigo... ¿qué te parece que nos juntemos el próximo miércoles?... ¿a las cinco?... Perfecto. El próximo miércoles, entonces. Chao".

Y colgó.

Nos quedamos mirando fijamente. Primero una sonrisa, después una carcajada a dúo.

Yo me despedí y Jorge Cash me dijo que el próximo miércoles no dejara de ir, porque lo que yo le había dicho "había que hacerlo".

Es así.

Santa María



SANTA MARIA LLEGO por equivocación al Ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción. Además se llama Domingo y el apellido materno es Santa Cruz. Tiene un

hermano sacerdote, fue presidente de los estudiantes católicos y es Ministro de un Gobierno demócratacristiano. Solterón por añadidura. ¿Qué más se necesita? Nada.

Asume su cargo de Ministro y los periodistas titulan sus crónicas:

“SANTA MARIA NO TIENE PINTA NI TIENE NIÑA”

Sube el precio del pan y al otro día aparece en los diarios:

“SANTA MARIA SUBE EL PAN NUESTRO DE CADA DIA”.

Le fija precio a la carne y salta el título:

“SANTA MARIA TIENE EL PECADO DE LA CARNE”.

No hay dónde perderse. Se saca todos los premiados. Su nombre y su cargo se prestan para ello. No tiene derecho a reclamo y él lo sabe y lo acepta.

Debutó en forma desafortunada diciendo, por caerle en gracia a su antecesor alessandrino, Manuel Pereira, “que pensaba seguir sus aguas”. Justo cuando el país asistía a una carrera desenfrenada de los precios. Fue el primer Ministro de Frei en recibir un tirón de orejas:

“ESTAMOS LUCIDOS; SANTA MARIA LE PIENSA SEGUIR LAS AGUAS AL MINISTRO PEREIRA”.

Así comenzó y así ha seguido. Recibiendo golpes de diestra y siniestra. Hasta en su propio partido se le critica. Pero sigue en

el cargo con una sonrisa en los labios.

A esa sonrisa quería llegar yo.

La eterna sonrisa de Domingo Santa María se puede prestar a más interpretaciones que la de la Gioconda. Sonríe cuando el índice dice que el costo de la vida ha subido en un 0,1%. Sonríe cuando decreta un alza de precios. Sonríe cuando lo critican, cuando está junto a Frei y cuando asiste a los funerales de las víctimas de un avión LAN.

Tenemos entonces que esa risa no quiere decir que es de alegría, pena, satisfacción u orgullo. Es simplemente una risa que se le sale, una risa que se manda sola, sin pedirle cuentas a nadie.

Podría ser una sonrisa nerviosa. Yo sostengo que se debe a un exceso de dientes. Estoy seguro que si se sometiera a un examen dentario, se descubriría que tiene por lo menos 35 piezas. Es la única explicación. Abre la boca y parece que se estuviera riendo.

Para él es una tragedia y una defensa. En ningún caso, sentido del humor, porque no lo tiene, aunque lo disimula.

Domingo Santa María Santa Cruz tenía en sus planes ser Ministro de Transportes, lo nombraron en Economía “mientras tanto”, para hacer tiempo, que hi-

ciera lo que pudiera. Como técnico en ascensores, subió el costo de la vida.

Es un virtuoso de las reuniones. En un equipo donde todos son buenos para reunirse, él es un superclase. No se sabe de dónde saca tiempo para asistir a tantas. Pero donde quiera que haya una reunión o se esté inaugurando un Congreso, ahí estará Santa María, con la sonrisa en los labios.

Otro vicio suyo, aparte de fumar, es hablar por citófono. Así como los boxeadores para mantenerse en forma necesitan "hacer sombra" tres rounds al día por lo menos, el Ministro hace "citófonos" durante dos horas o tres. Todo lo arregla o lo consulta mediante este útil aparato. Se ha dado el caso de que se encuentra en reunión y hable por citófono simultáneamente.

Decíamos al principio que llegó por equivocación al Ministerio a hacer lo que se pudiera, pero a medida que fue transcurriendo el tiempo, como buen cristiano se resignó a su suerte para terminar convenciéndose que podía ser Ministro de Economía y detener la inflación. Como buen ingeniero, sacó su regla de cálculos e hizo las operaciones matemáticas pertinentes. Llegó a

un resultado y confió en la buena voluntad de todo el mundo. Dos errores: en Chile dos más dos no dan obligatoriamente cuatro y nadie tiene buena voluntad.

Esto lo sorprendió muchísimo. Santa María ha ido de sorpresa en sorpresa. Acostumbrado a comer en el Hotel Carrera o en el Club de la Unión, ha debido preocuparse del valor de un kilo de merluza. Soltero impenitente, debe vivir pendiente del precio de los alimentos para guaguas. Lógicamente se siente incómodo. No es lo mismo calcular la resistencia de un muro de contención, que calcular el precio de las lechugas en el remate de la Vega.

Pero para eso están los asesores. Santa María descubrió muy pronto la utilidad de estos personajes. Se rodeó de ellos, se saturó de ellos y terminó desapareciendo tras ellos.

No se sabe de otro Ministro en el actual Gobierno que haya tenido tantos asesores. Aparecen inesperadamente, se ponen de moda, se les conoce sus nombres, se pasean, dan órdenes y tan inesperadamente como llegaron, se van. Nunca se ha podido saber dónde. Hay quienes sospechan que Santa María se los come, o los guarda en alguna parte. Citar nombres sería casi co-

mo publicar la guía de teléfonos.

El Ministro de Economía es uno de los más complejos de todo el Gabinete. Debe absorber cientos de problemas. Santa María, furibundo partidario de Frei, en cuanto el Jefe de Estado anunció su campaña de desburocratización y pidió que los jefes de servicios asumieran responsabilidades, captó la idea y comenzó a endosar problemas. Lo hizo con tal entusiasmo que da la impresión que él no se quedó con ninguno. Se convirtió en una especie de director de orquesta que no ve a sus músicos. Los dirige por citófono. Suspensión de las audiencias y no recibe a nadie, a no ser para comunicarle "que se entienda con fulano de tal que está estudiando su problema".

Esto le da mayor libertad para reunirse a sus anchas. Todo aquel que quiera conversar personalmente o por teléfono con Domingo Santa María, recibirá como toda respuesta: "El Ministro es-

tá en reunión. ¿Si gusta dejarle el recado?".

No son pocos los que se enfurecen y salen de las oficinas profiriendo gruesos improperios.

Santa María debe ser uno de los hombres más inteligentes del equipo de Frei. Brillante, dicen algunos, y quien conversa con él se queda con la misma impresión. Analítico por excelencia, desmenuza cada caso que se le presenta. Estudia los pro y los contra. Lamentablemente los pro y los contra quedan en empate y el problema queda donde mismo.

En el vocabulario de Santa María no existen las palabras "sí" ni "no". Todo hay que analizarlo, planificarlo, estudiarlo, catalogarlo y coordinarlo con alguna otra cosa "para dar una solución de conjunto".

En seminarios y conferencias debe ser cosa seria. Pero en el Ministerio, algunas de sus medidas son para la risa.

Raúl Troncoso

A QUI VOY A COMETER una infidencia. Raúl Troncoso, el Ministro Subsecretario General de Gobierno, no sabe que le dicen "El Pájaro Loco". No recuerdo quien le puso ese apodo. Creo que fui yo. De todas maneras le cae pintado.

Ver a Raúl Troncoso es ver a ese pájaro carpintero de mechón rojo de los monos animados. Se mueve igual que él, siempre apurado. Para hablar se atropella, se ataranta, se equivoca y termina con una risa de oreja a oreja con los dientes apretados, como cuando uno se los va a limpiar. Le falta solamente la risa característica: -¡Jé-jéjeeeeje... jé-jé-jéjeeeeje!

El gran drama de Troncoso es tener la nariz un poco más corta que Frei, ser más bajo y con tendencia a la gordura. De tanto estar al lado del Presidente de la República, se ha ido mimetizando con él.

Para saber cuál es el humor de Frei, basta con visitar a Troncoso. Si Raúl está contento, Frei también lo está. Si está triste o enojado, igual. Por Troncoso se sabe qué comentarios no le gustaron al Jefe del Estado y qué



opinión tiene de tal o cual problema.

Hasta en la manera de caminar ya se le parece. Habla igual. Las mismas inflexiones en la voz y los mismos ademanes. Si hay que enumerar algo, vuelve hacia arriba la palma de su mano derecha y abre los dedos. Con la mano izquierda va cogiéndoselos empezando por el meñique. Ter-

mina con el pulgar dentro del puño cerrado.

No es admirador de Frei. Es un fanático de Frei. Cuando lo llama por citófono se le ilumina el rostro.

Troncoso no cambiaría su pega por nada del mundo. Cuando empezó era bastante aficionado a hacer declaraciones y si se las grababan, mejor. Era un chiquillo con un juguete nuevo. Pero el juguete le apretó varias veces los dedos y ahora está más cuidadoso. Casi no habla.

Fervoroso creyente de la Revolución en Libertad se lo pasa todo el día hablando de ella. Recorta cuanta aclaración sobre tal o cual proyecto aparece en la prensa y lo defiende ardientemente con el primero que se le pone por delante.

Inquieto, nervioso, buen amigo, casi nunca da la mano solamente. Por lo general agrega un abrazo o el palmoteo cariñoso.

“¿Escucharon el discurso del Presidente?”.

Esa es su frase preferida porque le abre camino para una explicación, para un comentario o para hacerle un poco de claqué al Gobierno.

Otra cosa que lo apasiona son las encuestas. Nadie sabe de dónde saca tantas encuestas, pero

cualquier problema que se le presente o cualquier frase que deje entrever que la popularidad del Jefe del Estado está decayendo, bastan para que salte:

“Ustedes están profundamente equivocados, la última encuesta que se hizo al respecto dio como resultado que lejos de decaer la popularidad del Presidente, ha aumentado en forma notoria. Hoy tenemos el 85 por ciento de la ciudadanía con nosotros. Más que en septiembre del año 1964”.

Desde hace un tiempo a esta parte, viene funcionando solamente en la órbita de los Convenios del Cobre. Los defiende con más ardor que Simián, y los reyeses que ha venido sufriendo el proyecto le duelen como ofensas personales.

Como todos los demócratacristianos y especialmente como Frei, Troncoso tiene la risa fácil. Los chistes, si le causan gracia, lo hacen soltar gruesas carcajadas. Pero en las grandes ceremonias se pone más tieso que un palo.

En el último Congreso Pleno, cuando Frei leyó su mensaje, Troncoso estuvo dos horas y tanto sin moverse de su asiento. Sin cambiar la postura. Tiene que haber terminado con un ataque de calambres, pero habría sido mal visto que se mostrara in-

quieto. Fue el único miembro del Gabinete que ni siquiera se cruzó de piernas.

El Ministro Secretario General de Gobierno pasa más tiempo en La Moneda que en su casa, pero eso lo hace profundamente

feliz, y el mejor homenaje que se le puede rendir es el comentario que hizo un Ministro en cierta ocasión mirando a Frei:

¡Este Eduardo, se está pareciendo cada día más a Raúl Troncoso!

Oscar Pinochet

AL SUBSECRETARIO de Relaciones es también un personaje extraño. Vive como asustado. Es de mediana estatura, un tanto descarnado, nervioso y de ojos saltones. Siempre que lo veo me da la impresión de estar en presencia de un tony de civil. Parece que ayuda en algo el hecho de ser demasiado pálido, como que se hubiera echado harina en la cara.

Cuando habla, lógicamente que esta impresión se diluye, porque tiene agilidad mental, aunque no tanta como él cree. Aparenta ser sumamente cordial y abierto, pero prefiere el sistema de puertas cerradas.

En el desempeño de sus funciones, una comparación entre él y su antecesor Enrique Bernstein no le conviene en absoluto.

Raúl Sáez

ESTE SI QUE ES un personaje enigmático. No se le puede catalogar porque no hay caso de saber nunca lo que está pensando. Jamás demuestra emoción alguna. Le dicen el "supersabio", por decirle algo.

Raúl Sáez es impenetrable.

Cuando Frei anunció su nueva política en materia de teleco-

municaciones por cadena nacional de emisoras, Raúl Sáez estaba presente. Pocas veces un Jefe de Estado le dijo mayores piropos a un colaborador suyo. Frei, en esa oportunidad, señalaba con la mano a Raúl Sáez y declaraba que sin la clara inteligencia de ese hombre nada habría sido posible. Le dijo de una a mil, que

era fabuloso, extraordinario, sabio, supersabio.

Cualquiera persona normal habría agradecido con una venia los elogios presidenciales, o se habría puesto un poco colorado, aunque fuera para despistar. Pero Raúl Sáez no. Estaba parado, con la vista en el infinito, en un gesto de aburrimiento. Absolutamente ausente. Impertérrito, como si estuvieron hablando de otra persona.

Gabriel Valdés

FREI NO LO PODRIA haber nombrado en otro puesto. Valdés está hecho a la medida para el Ministerio de Relaciones Exteriores. Tiene porte de Canciller, modos de Canciller, cara de Canciller. Es de esa clase de personas que si no ocupan cargos de gerentes, vicepresidentes, ministros o embajadores, están condenados a morir de hambre. La facha los empuja hacia arriba. Se verían ridículos con manguillas frente a una máquina de escribir o detrás de un mesón.

Gabriel Valdés está donde debe estar. Imposible imaginarlo en otra parte, a no ser que esa otra

Al terminar Frei su panegírico, ya en el colmo del entusiasmo y el agradecimiento, se adelantó y le dio un abrazo que Raúl Sáez correspondió casi por obligación. Acto continuo le dijo:

—¿Me puedo retirar, Presidente? Tengo trabajo.

A veces dan ganas de enterrarle una aguja en alguna parte para ver si grita. Pero mejor es no hacerlo. Capaz que no se dé por aludido.

parte fuera un remate de obras de arte, una función de ópera o un ballet.

Es un Canciller "que viste mucho". Generalmente le queda grande a sus visitantes. Luce más. Es más Subercaseaux que Valdés. No podría fumar Baracoa ni tomarse una malta. Es un fina sangre. En el Ministerio de Relaciones Exteriores tuvo partida de tal, pero llegada de pollino. Empezó bien, parecía que iba a ser el más brillante de los ministros. Inesperadamente se escondió. Ahora no sale de su despacho ni para ir a las casitas. Para verlo hay que cruzar cinco puertas y sortear otros tantos secretarios. Es mucho. No se puede.

Sergio Ossa

SI NO ESTUVIERA Gabriel Valdés, el Canciller tendría que ser Sergio Ossa Pretot. Sin embargo, lo pusieron en la Promoción Popular, a cargo de los marginales. Ambos son del mismo corte, del mismo estilo, pero mientras el primero viaja a Londres a conversar con la Reina Isabel, el segundo va a la población Colo Colo y le soluciona los problemas a la señora Clorinda.

Sergio Ossa no cuadra en la Promoción Popular, aunque la siente de verdad. Pero no puede cuadrar con una población callampa un caballero que en su casa es atendido por mozos de librea, que del brasero de San Gregorio va a la chimenea de su hogar, o al salón con paredes y techo de vidrio, plantas interio-

res y objetos de arte precolombinos.

Todo esto podría crearle un trauma síquico. Pero don Sergio Ossa "le hace empeño", trata de comunicarse con los "marginales", de entenderlos, de que lo comprendan a él. Falla en el lenguaje. No habla el mismo idioma de sus marginados. Le cuesta decir un garabato, que en ellos sale tan fácil y tan gracioso. Ossa se detiene en la mitad del impropio, se pone colorado, y suelta la otra mitad y así no resulta. No sale espontáneo. Sale fome. Alguien debía ampliar su vocabulario, convencerlo que en la José María Caro, cuando algo es bueno, se dice ¡Caballo!, no "espléndido".

Cuando lo aprenda, le irá mejor.

Catres

Colchones

Muebles cromados

FAMUCRO

San Diego 388

**Juguetes
de todo tipo**

Epílogo

Bueno, eso es todo por ahora. Lógicamente no están todos los que son, pero son todos los que están. Al menos esa es mi opinión, así los he visto a través de un año. Seguramente con más de alguno me he equivocado un po-

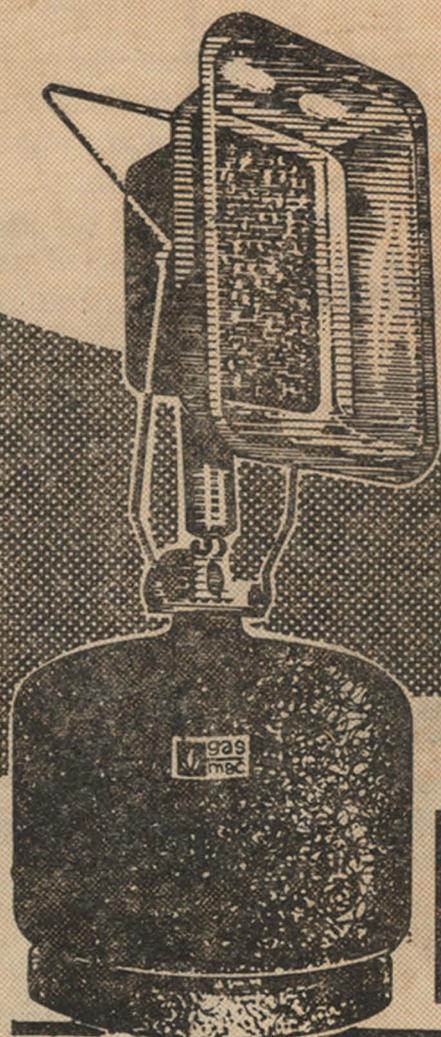
co. Espero sea muy poco. Más de alguno también se va a enojar. Son los riesgos de mi oficio. Por eso, lo mejor es terminar con los conocidos versos de MARTIN FIERRO:

*Es la memoria un gran don,
cualidá muy meritoria;
y aquellos que en esta historia
sospechen que les doy palo,
sepan que olvidar lo malo
también es tener memoria.*

*Más naides se crea ofendido,
pues a ninguno incomodo:
y si canto de este modo
por estimarlo oportuno
NO ES PARA EL MAL DE NINGUNO
SINO PARA EL BIEN DE TODOS.*

la sensacional estufa a gas licuado

DE RAYOS
INFRARROJOS



 **gas
mac** M.R.

CON SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES:

segura,



cómoda,



fácil de llevar,



muy estable,



fácil de encender,



limpia,

muy económica y...

con los extraordinarios



balones de 2 kgs. de gas licuado.